

Discipulado n° 38.

LEVANTARÁN ALAS COMO LAS ÁGUILAS

Seguimos haciendo énfasis en las fuerzas renovadas que Dios quiere darnos en este tiempo. Ya sabemos la importancia que tiene el aprender a esperar en Dios, porque el que lo hace, no sólo es fortalecido con las fuerzas del Señor; sino que como dice la lección de hoy:

LEVANTARÁN ALAS COMO LAS ÁGUILAS.

Isaías.40.31. "Pero los que esperan al Señor tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán".

¿Sabías que un águila sabe cuando una tormenta se acerca mucho antes de que empiece?

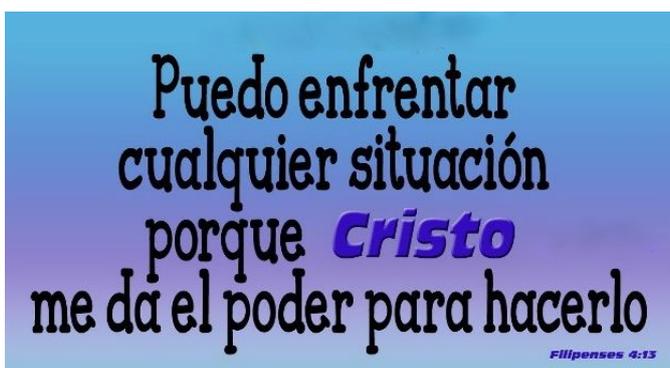
El águila volará a un sitio alto para esperar los vientos que vendrán. Cuando la tormenta cae, el águila coloca sus alas para que el viento las agarre y le lleve por encima de la tormenta. Mientras que la tormenta este cayendo y destrozándolo todo abajo, el águila vuela por encima de ella. El águila no se escapa de la tormenta; simplemente la usa para levantarse mucho más alto que ella, y así usar los vientos que vienen con la tormenta.

Las tormentas, los hornos de fuego, los vientos recios, las pruebas, inevitablemente llegarán a nuestra vida.

Isaías 43:2 Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán. Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti.

Nuestro Dios de los cielos nos advierte que pasaremos por muchas dificultades en esta vida, pero también nos promete que Él estará en cada una de esas situaciones con nosotros, y es allí, en ese momento crucial de nuestra realidad, que tendremos que tomar una decisión trascendental... o quedarnos en el centro del tornado, o usar la fuerza de ese mismo viento para impulsarnos hacia las alturas del monte santo, sabiendo que si logramos escalar a los lugares altos, estaremos a salvo, y no solo eso, sino, seremos espectadores de las maravillas que el Señor hará... no sin antes haber permitido que aprendamos la lección que Él quiera enseñarnos.

Es precisamente en esos momentos de prueba y de tormenta cuando necesitaremos los ojos de Dios, los ojos del don de la fe; ya que sin ese precioso don, es imposible sobrevivir a cualquier dificultad. Lo único que puede mantener a un hijo de Dios sobre las alturas en medio de las pruebas, es ese don inefable dado únicamente por su Santo Espíritu.



Romanos.12:3b dice; que conforme

a la medida de fe que Dios repartió a cada uno... ¿Cuál será la porción de fe que Él te ha dado? ¿Te has preguntado alguna vez sobre este asunto? ¿Sabes por qué es importante preguntarnos sobre esto? Porque solo así podremos comprender a quien acudir por ayuda en los momentos de la tormenta.

Estos confían en carros, y aquéllos en caballos; Mas nosotros del nombre de nuestro Dios tendremos memoria. Salmo.20:7.

¿En quién estará nuestra confianza cuando venga la adversidad? Los que no conocen al Señor Jesucristo, correrán por ayuda al ser humano, buscarán refugio en una institución, en el gobierno, quizás pondrás tu confianza en el prestamista, en un amigo, en el esposo, los hijos, etc....

Daniel 11:32 dice; más el pueblo que conoce a su Dios se esforzará y actuará.

Encontramos a dos tipos de pueblo o dos tipos de Iglesia...una que conoce a Dios, y otra que no... los que le conocen, corren a Él, se refugian en Él, se sostienen solo en Él, y no solo eso, sino que dice la escritura que se esfuerzan: **Esforzarse:** Es el empleo enérgico del vigor o actividad del ánimo para conseguir algo venciendo dificultades. ... y actúan... no solo lo dicen, sino que lo hacen.

Solamente a través de las vicisitudes de la vida podremos conocer a nuestro Salvador, el Señor Jesucristo, y cuando verdaderamente le conocemos, nos esforzaremos para vencer cualquier obstáculo que se presente en el transcurso de nuestra vida, pues al conocerlo personalmente sabemos que está peleando juntamente con nosotros la batalla; actuaremos como soldados

fieles y leales a su autoridad. Sólo aquellos hijos de Dios que conocen a su Señor Jesucristo, se esforzaran y actuarán como las águilas, no quedándose en la tormenta, sino mas bien volando sobre la tormenta.

Querido hermano(a), como siempre, hay dos opciones: O te quedas revoloteando debajo de las dificultades, envuelto en un mar de problemas, o extiendes tus alas, y subes sobre la tormenta, hacia el monte de Dios. ¡Tú decides!

Recuerdo una experiencia que tuve cuando era una joven de unos 18 años. Estaba estudiando en Bogotá teología junto con Tomás, los dos éramos novios, pero por problemas de incomprensión entre nosotros, habíamos terminado y estaba desolada por todo lo que había pasado.

Terminado el curso escolar, nos daban vacaciones por lo que teníamos que regresar a nuestras casas y así lo hicimos. En el transcurso del viaje, mientras estábamos en el avión, cada uno iba mirando a un lado diferente, callados, sin decirnos nada. De pronto, el avión comenzó a moverse de una manera extraña, se removía mucho, y comenzó a caer en baches, por lo que la gente que iba en el avión empezó a gritar, unos lloraban, otros rezaban el Ave María y el Padre Nuestro pero yo no me inmutaba, ¿Sabes por qué? Porque en el fondo yo quería morir y me importaba poco si el avión caía en picado. Recuerdo que estaba sentada en la ventanilla y miraba hacia afuera y estaba todo negro, con relámpagos y centellas y le pregunté al Señor: ¿Por

qué me dejas pasar por todo esto? ¿No te parece bastante que sienta este dolor en mi corazón; sino que además me haces ver esta tormenta a mi alrededor todo negro y feo, igual como se siente mi alma? En ese mismo instante oí la voz del Señor que me dijo ¡SUBE!, en mi mente le pregunto: ¿Qué dices? Y Él vuelve a decirme: ¡SUBE! Y junto con la orden de subir, el avión comenzó a subir también, volvió a repetir: ¡SUBE! Y siguió subiendo el avión; cuando de pronto el avión atravesó las nubes negras y llegó a un sitio que para mi era el paraíso, todo estaba despejado, el cielo era de un azul intenso y arriba brillaba el sol con mucho fulgor; aquello era tan precioso. Fue allí cuando Dios me volvió a hablar y me dijo; Cuando subes a mi presencia, tus problemas quedan abajo, como esas nubes; pero sobre tu vida resplandecerá el Sol de Justicia, porque Yo estoy contigo.

Empecé a llorar, pero esta vez fue de agradecimiento porque sabía que ahora estaba como el águila....volando sobre la tormenta.

